

Libros

CLAUDIN: UN PENSAMIENTO CRITICO

Dentro del grupo de investigadores del marxismo se destacan dos corrientes absolutamente dispares, no sólo en sus formas de análisis de la teoría de los dos «grandes maestros», sino en sus conclusiones prácticas. La primera estudia el marxismo desde el punto de vista oficial y ortodoxo: Marx y Engels, «santos» del movimiento obrero y de la revolución, son intocables, no pueden equivocarse nunca, y por eso sus obras se han convertido en el libro de cabecera de cualquier revolucionario de pro. Frente a esta interpretación dogmática, se ha desarrollado una corriente que estudia y analiza el pensamiento marxista desde una perspectiva crítica, abierta a todas las posibilidades de discusión, y por consiguiente más científica. En esta última posición se sitúa toda la obra de **Fernando Claudín** (1), cuyo reciente estudio sobre las actitudes de **Marx y Engels** frente a uno de los acontecimientos más importantes de la historia contemporánea, la **Revolución de 1848** (2), plantea un problema fundamental para el conocimiento de la evolución del movimiento obrero y de la influencia que han ejercido en su desarrollo las tesis de ambos. Como el mismo autor señala, el objetivo principal de este último trabajo consiste en «contribuir al conocimiento de ese importante segmento de la historia del marxismo en el sentido, sobre todo, de proporcionar al lector un material documental que facilite su reflexión independiente».

La sacudida revolucionaria de 1848 convirtió a Europa en un inmenso horno donde se desarrollaron las luchas de la burguesía para acabar con

las supervivencias del régimen feudal—de forma similar a la revolución francesa de 1789—, al mismo tiempo que las luchas de las minorías nacionales para su liberación; pero con la diferencia respecto a 1789 de que en esta ocasión el proletariado desempeñó un importante papel, y junto al filo antifeudal apareció más o menos claramente, según los países, un filo anticapitalista. Ante este movimiento que comenzó en Francia, y se extendió rápidamente por Europa (Alemania, Italia, Polonia, Suiza, Bélgica, Austria...), Marx y Engels creyeron que la gran revolución proletaria europea había comenzado, y que el triunfo de las fuerzas obreras sería inminente frente a la burguesía: el proletariado había tomado las armas, por primera vez, como **clase** para lanzarse contra el poder burgués. La clase obrera se había lanzado a la calle, en efecto, para mejorar sus condiciones de vida, y en algunos casos, como en París, durante las jornadas de junio, para tratar además de conseguir sus aspiraciones derribando a los gobiernos burgueses que la habían defraudado. Las barricadas obreras harían tambalearse al Gobierno y a las fuerzas burguesas más radicales,

provocando el temor de los partidos de la izquierda burguesa a verse desplazados del poder. El último acto de la Revolución de 1848 es de sobra conocido: el triunfo de las fuerzas reaccionarias europeas condujo a la represión brutal de las asociaciones obreras, con abundantes procesamientos de los militantes obreros más significados, y a la restricción de las libertades de expresión y reunión. El establecimiento de gobiernos fuertes en Francia o en Alemania puso fin a la primera experiencia revolucionaria proletaria de dimensión europea que registra la historia.

Marx y Engels, que poco antes del estallido revolucionario habían publicado el **Manifiesto Comunista**, intervinieron directamente en el desarrollo de la revolución alemana desde Colonia, donde fundaron un diario, **La Nueva Gaceta Renana**, definido como «órgano de la democracia» y en el que criticaron acerbamente la actuación de la burguesía alemana. En los momentos finales de la revolución, Engels participó en el ejército revolucionario de Bade y el Palatinado, y adquirió allí una gran afición hacia los problemas militares, ganándose entre sus íntimos el apodo de «el general». La experiencia vivida por ambos en estos meses permitió el desarrollo de sus posiciones teóricas y prácticas, desde un punto de vista global, en un conjunto de obras publicadas entre 1850 y 1852 (3), y a las que se refiere el análisis crítico de Fernando Claudín. Ya hemos mencionado la equivocación sufrida por Marx y Engels a la hora de enjuiciar la Revolución de 1848: ambos pensaron, desde el comienzo del estallido revolucionario en Francia, que se iniciaba una revolución a escala europea, en cuyo desarrollo la clase obrera lograría barrer del mapa no sólo a las monarquías absolutistas, sino a la burguesía. Desde su óptica parecía que los movimientos obreros europeos,



(1) En especial, **La crisis del movimiento comunista**, París, 1970; y su Prólogo a los **Escritos económicos de Lenin**. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1975.

(2) Fernando Claudín, **Marx, Engels y la Revolución de 1848**. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1975. 457 págs.

(3) Fundamentalmente, en Carlos Marx: **Las luchas de clases en Francia** (1850), y el **18 Brumario de Luis Bonaparte** (1852); Federico Engels: **Revolución y contrarrevolución en Alemania** (1851-52); además de **La Campaña de la Constitución del Reich**, y la **Circular de la Liga de los Comunistas en 1850**.

sobre todo el cartismo inglés, iban a tomar la dirección de las masas proletarias y a obtener la victoria final frente a la burguesía en todos los países de Europa. Incluso después de la derrota sufrida por los obreros franceses en los combates de junio de 1848, ambos siguieron creyendo en el próximo levantamiento definitivo de la clase obrera francesa, a la que esta vez se unirían la pequeña burguesía y los campesinos. Para Marx, la derrota inicial del proletariado podía permitirle tomar conciencia de su papel histórico como clase y alcanzar la victoria final, aprovechando la crisis sin salida del capitalismo. La estrategia formulada por la Liga Comunista en 1850, para cuando llegara este momento, se basaba en que el proletariado alemán podría tomar el poder cuando se produjera el triunfo de la clase obrera francesa, y que el estallido de la guerra mundial, provocada indefectiblemente por este triunfo, facilitaría la victoria de la clase obrera en el centro mismo del sistema capitalista de aquel tiempo, es decir, en Inglaterra.

Esta concepción del proceso revolucionario a corto plazo mantenida por Marx y Engels hasta 1850, se explica porque ambos creyeron que el capitalismo europeo estaba abocado a su crisis final. Era la tesis sostenida antes de la revolución en el **Manifiesto**, y que en opinión de Claudín, «conducía a conclusiones que se excluían entre sí: el proletariado no podía al mismo tiempo desarrollarse como principal fuerza productiva y clase revolucionaria por excelencia, de un lado, y, de otro, 'desarrollarse' como masa cada vez más pauperizada». En realidad, en 1848 el capitalismo comenzaba una nueva fase de su expansión, durante la cual la clase obrera conquistaría mejoras en sus condiciones de vida. Por ello, aunque Marx y Engels no criticaron nunca explícitamente las tesis de la pauperización absoluta del proletariado y de la proximidad del estallido revolucionario contenidas en el **Manifiesto**, se vieron obligados a rectificarlas de hecho en **El Capital** y en otros textos. Por su parte, sus seguidores no analizaron de forma crítica esta equivocación de los fundadores del marxismo, sino que trataron —como Lenin— de quitar importancia a estos errores, calificándolos de mil veces más fecundos que los «aciertos» de los políticos liberales.

Aparte de la corrección de estos errores, la revolución de 1848 tuvo una decisiva importancia en el desarrollo de la teoría política marxista. Uno de los conceptos formulados por Marx y Engels a raíz de esta experiencia fue el de la **dictadura del proletariado** como forma que habría de tomar la dominación del proletariado durante la transición del capitalismo al socialismo. Como señala Claudín, para Marx la dictadura del proletariado era una democracia obrera **de facto**, contrariamente a lo que después ha ocurrido en los países llamados socialistas, aunque «la utilización del concepto 'dictadura' para caracterizar la dominación del proletariado o la democracia real ha facilitado justificaciones ideológicas de 'dictadura del proletariado', que son en realidad dictaduras sobre el proletariado de una nueva minoría dominante». Junto a él, Marx formuló igualmente su concepción de la **revolución permanente**, con un sentido diferente al que Trotsky le daría a comienzos del siglo XX. En el planteamiento de Marx, se trataba de definir un largo proceso revolucionario que llevaría finalmente a la victoria del proletariado y a la transición hacia el comunismo, y cuyo protagonista sería la clase obrera y no el partido, en el sentido que ha tomado el término a partir de la creación de los partidos socialistas, y sobre todo del partido bolchevique. Como señala Claudín: «Para Marx no existía el partido del proletariado, sino el proletariado **como partido**». Por ello, los comunistas debían tener por misión ayudar al proletariado a **autodirigirse**, mientras que en la concepción de Lenin, el proletariado debe ser **dirigido** en todo momento por el partido.

En conjunto, el estudio de Claudín responde perfectamente al objetivo propuesto por él: contribuir al estudio del materialismo histórico y de la lucha política desde unos postulados críticos y no dogmáticos. Ante los escasos estudios que existen sobre este tema, Claudín ha aportado un material de indudable valor histórico y científico, en muchos casos inédito; y su análisis de la experiencia revolucionaria de 1848 puede resultar de gran utilidad para investigar mejor los problemas que plantean las de hoy, para no caer en esquemas fáciles y manidos, y aplicar realmente un método marxista. ■

MARIA RUIPEREZ.

LA CATASTROFICA EXPULSION DE LOS MORISCOS

Un cuarto de millón de personas salieron a principios del siglo XVII camino de la diáspora. Eran los moriscos de la Corona de Aragón, un veinte por ciento de la población total de aquellos territorios, expulsados por el rey Felipe IV... Ciento setenta mil eran valencianos, más de la tercera parte de la población de entonces. Con razón habla Joan Fuster de «angustiosa catástrofe valenciana» en el prólogo de la reedición póstuma del libro de su amigo el historiador **Joan Reglá: «Estudios sobre los moriscos»**.

De «Estudios sobre los moriscos» habían salido hasta ahora dos ediciones, a cargo de la Universidad de Valencia, donde Reglá profesó casi trece años (1958-1971). Esta tercera y definitiva aparece en Ariel Quincenal y añade a los anteriores estudios, uno sobre «Valencia y los moriscos de Granada», que queda así como cuarto de los que componen este libro: «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias», «La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II», «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias en la economía valenciana».

Tres cualidades esenciales señala Fuster en Reglá: erudito riguroso, inteligente constructor de síntesis y buen maestro. Y así fue este verdadero maestro de historiadores, discípulo a su vez de otro gran maestro también prematuramente fallecido: Vicéns Vives. Reglá murió el 27 de diciembre de 1973 en su casa de San Cugat del Vallés a los cincuenta y seis años, cuando podía esperarse mucho de su trabajo como historiador. Queda, sin embargo, su herencia. Por un lado lo que escribió en la línea de Vicéns y, a través de éste, en la de los decisivos «Annales d'histoire économique et sociales», de Marc Bloch y Lucien Febvre. Obras como la «Introducció a la historia de la Corona d'Aragó» o la muy leída «Comprendre el món. Reflexions d'un historiador» («Introducción a la Historia»)...